

CATEQUESIS DE LA I. F. I.

(Continuación)

“Aunque la palabra orden significa jerarquía, no se debe creer que Jesucristo estableciera jerarquía alguna”. “Esta probado que en tiempo de los apóstoles no había diferencia entre los presbíteros y los obispos”. “Los presbíteros no sólo pueden ordenar otros presbíteros, sino también obispos: sería absurdo el creer que un presbítero que puede convertir un barquillo en Dios verdadero, no pueda en caso de necesidad consagrar Obispo al elegido por cada Iglesia, falta de Obispo”.

Pudiera alargarse mucho más el elenco de negaciones y audaces radicalismos que contiene la Catequesis; pero las citas que preceden, casi todas ellas citas literales, son más que suficientes para convencer a cualquiera persona consciente e imparcial de la verdadera naturaleza de la Iglesia Filipina Independiente. Para comprender que, -no ya entre el catolicismo, sino entre el cristianismo fragmentario y heterodoxo y el aglipayanismo existe oposición radical, irreductibilidad absoluta, no se necesita instrucción religiosa muy sólida ni profundos conocimientos teológicos: basta con saber los rudimentos de la Doctrina Cristiana, los artículos más fundamentales de nuestra santa fe. Y como si a los redactores de la Catequesis les pareciera poco su actitud hostil al espíritu y a las enseñanzas de la divina revelación, muestran especial complacencia en elogiar y aducir, en confirmación de sus doctrinas, el testimonio de escritores racionalistas, incrédulos, ateos o francamente anticristianos, tales como Kant, Fichte, Renán, Voltaire, Haeckel y Strauss.

III.

Además de racionalista y anticristiana es la Catequesis una obra esencialmente negativa y estéril. Se contenta con derribar y destruir, pero no se cuida de edificar y consolidar. Rechaza una por una casi todas las verdades del dogmas católico; más en su lugar, apenas nos ofrece afirmación alguna categórica, doctrinas concretas y bien definidas. En el naufragio que, bajo la dirección de los doctores aglipayanos, experimentaron las creencias religiosas, casi no ha quedado a flote más que la creencia en la unidad de Dios. Pero aun ésta aparece alterada y desfigurada con los errores más; crasos y groseros. Acerca de los otros grandes problemas de la religión, su labor se reduce a negar, a guardar inexplicable silencio, o a expresarse de una manera indecisa, vaga y vergonzante, que después de la muerte, las almas irán a una vida superior. Habla incidentalmente de la gracia, mas no enseña cosa alguna sobre su naturaleza, necesidad y efectos en el alma del justo. Si admite el

dogma de la existencia de Dios, esta consoladora verdad pierde todo valor cuando se afirma que la naturaleza divina no ha sido todavía descubierta por la ciencia. En las charcas cenagosas del aglipayanismo no pueden apagar su sed los espíritus aristocráticos que suspiran por las corrientes cristalinas de lo inmortal y de lo divino, las almas delicadas a quienes no satisfacen el mundo de la materia ni las estrecheces del tiempo. En el contenido doctrinal de la I. F. I. todo es ignorancia, incertidumbres y dudas: fuera de las enseñanzas de un frío racionalismo y de un crudo naturalismo, nada se encuentra que pueda responder a las aspiraciones infinitas del corazón humano. Leer las páginas de la Catequesis equivale a contemplar las melancólicas ruinas de los templos levantados para gloria de Dios, a recorrer los arenales de un ilimitado desierto, a penetrar en las profundidades de un vacío inmenso y entristeecedor.

Consecuencia de este carácter negativo, de esta vacuidad doctrinal es la falta de sistema, la inconsistencia lógica, la carencia de principios y normas fijas. A pesar de todos sus errores, los protestantes y otros herejes poseen un cuerpo de doctrina más o menos armónico, más o menos orgánico y sistemático. A los aglipayanos no es posible exigirles, ni siquiera la lógica más elemental del error. Sus doctrinas constituyen una masa informe, un acervo de proposiciones inconexas, de teorías desarticuladas, de incomprensibles contradicciones. Carecen de método, de armonía interna, de orden lógico, de unidad de pensamiento. Este defecto es tanto más de extrañar cuanto que la I. F. I. se gloria de ser una religión *cientificista* y de no admitir otro faro ni guía que la Ciencia Moderna. Lógica, consecuencia doctrinal, conformidad con las leyes fundamentales del pensamiento humano, con los cánones supremos del corazón es lo menos que hay derecho a exigir a quienes se precian de sinceros y se constituyen en maestros y mentores de las muchedumbres.

Sin embargo, los redactores de la Catequesis, aunque hubieran querido ser consecuentes, no hubieran podido lograrlo. Pretendieron armonizar las formas externas de la religión cristiana las exigencias del culto católico con los imperativos de la incredulidad, con la negación de todos los dogmas revelados; y tal empresa resulta irrealizable: no pasa de ser una quimera, un sueño absurdo. Arrancados los cimientos, se viene a tierra todo el edificio; y, cortada la raíz, se seca el árbol con todas sus hojas, flores y frutos. Negada la divina revelación, ya no es lícito hablar de libros sagrados, depositarios de la palabra de

Dios; ni de sacramentos, como de medios para conseguir la gracia; ni es religión cristiana, con su maravilloso organismo de verdades dogmáticas y morales.

Pero al lado de esta inconsecuencia fundamental y sistemática, hay en la Catequesis otra inconsecuencia secundaria y accidental, que no por serlo, es menos censurable y digna de especial atención. Los maestros de la I. F. I., tal vez sin darse cuenta de ello, caen en las más elementales contradicciones. Niegan en una página lo que habían concedido en la anterior; y establecen ahora doctrinas que han de rechazar a renglón seguido. Fuera inútil reunir aquí toda esa serie de inexcusables contradicciones. Sobre muchas de ellas se ha llamado ya la atención en los lugares respectivos. Así, dudan de la omnipotencia divina; y dan a Dios el calificativo de omnipotente. Niegan que sea creador y se proclaman sus criaturas. Dicen no tener más libro sagrado que la Ciencia; y repiten en varias ocasiones que también la Biblia es su libro sagrado. Aparentan rechazar la jerarquía eclesiástica; y admiten en su Iglesia minoristas, subdiáconos, diáconos, presbíteros, obispos y obispos máximos. Prometen seguir en todo las enseñanzas de Jesús; y después de afirmar que el Divino Maestro jamás practicó ceremonia alguna y que su religión era puramente espiritual, y no ritual y externa, adoptan en casi su integridad el ceremonial del *vano y supersticioso* culto católico.

Esta inconsecuencia y falta de lógica de la Catequesis, este carácter contradictorio de sus doctrinas y enseñanzas, aunque injustificable, es todavía más o menos disculpable; lo que en manera alguna tiene excusa, ni disculpa, ni atenuante es la deslealtad y mala fe de que, con harta frecuencia, da pruebas inequívocas. En más de una ocasión se ha hecho notar ya ese hábito de insinceridad que la distingue. Con el mayor desenfado, mutila los textos de la Biblia, los altera, los falsifica o les da una interpretación torcida, si así cuadra a sus fines particulares. Aduce pasajes más o menos ambiguos de los Libros Santos; y hace caso omiso de otros que los explican y aclaran. Se apoya en la autoridad de la Escritura, cuando ésta parece favorecer sus opiniones; pero, sin escrúpulo ninguno, declara apócrifos los libros e interpolados los textos que contradicen sus errores y prejuicios. Los yerros y las inconsecuencias podrán ser hijas de la ignorancia o del olvido; mas la insinceridad tiene su origen en la desaprensión y en la malicia.

Remate y corona de esta actitud de ánimo es la mentira erigida en dogma y la hipocresía reducida a sistema. Según la catequesis, debiera corregirse el octavo mandamiento de la ley de Dios, "porque el mentir es lícito algunas veces". De igual suerte, debe admitirse la confesión por "la

plausible, razón de que como el vulgo no comprende a Dios como espíritu o invisible, los sacerdotes tuvieron que arrogarse la representación de Dios para figurar juzgar a los pecadores, aconsejar y amenazarles con el castigo del verdadero Juez, y ciertamente esto es eficaz para las masas ignorantes". Así mismo, los aglipayanos "imitan la misa de los romanistas por la misma razón que tuvieron los cristianos para imitar el culto exterior de los paganos; por la necesidad de contemporizar con la rutina a que se apega el vulgo indocto". En otros términos: gran parte de las prácticas seguidas por la I. F. I. y sancionadas por sus libros oficiales no responden a convicción interna, a creencia religiosa alguna; sino que son meras formas externas, medios hipócritas de que es preciso servirse para engañar incautos y seducir la buena fe de la gente sencilla.

De lo anteriormente expuesto puede deducirse también el alto nivel a que se mantiene la ética aglipayana. Es justo confesar que la Catequesis insiste con frecuencia en la importancia de los deberes morales. En tres lugares distintos expone detalladamente las obligaciones del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes. Así mismo, recomienda frecuentemente, la filantropía, el desinterés, el culto a la verdad, el respeto a los derechos ajenos, el sublime valor de los principios en que se fundan la ética natural y cristiana. Sin embargo, aun en esta materia, incurre en aberraciones increíbles y establece normas de conducta indignas de pueblos cristianos y civilizados. No se contenta con admitir la licitud de la mentira y por lo menos indirecta y prácticamente, el deletéreo principio de que el fin justifica los medios, sino que llega hasta a legitimar los vicios más groseros. "Es muy infame el que busque a una mujer casada, habiendo muchas solteras": como si la prohibición del adulterio fuera excusa suficiente para sancionar actos no menos reprobables ante el código de la ley de Dios y el de la ley natural; o como si la dificultad de entregarse al vicio en este orden de cosas, pudiera alguna vez justificar los pecados de adulterio.

Tampoco se constituyen en un plano muy elevado al señalar los motivos que deben impulsarnos a la práctica de la virtud. Aquí también, sus consideraciones suelen ser altamente rastreas y egoistas. El adúltero debe reprimir sus bajos instintos; porque, de otra suerte "se expone a ser muerto por el marido ofendido." "Probad a poner en práctica esta espantosa teoría (la moral del monismo), y pronto sereis descubiertos, deshonrados y castigados".

Fr. C. F. G.

(Se continuará.)